
La Intemperie

Por Hermes Clavería

Hay una relación de extrañeza y al mismo tiempo, de intimidad entre la Tierra y el cuerpo humano. La estética (como uno de los lugares de lo más inquietante), es aquello que se halla en medio. La capacidad humana de sentir y razonar sensiblemente (y a veces, de armonizar vibraciones cósmicas, orgiásticas y orgánicas), se halla trágicamente situada entre el cuerpo y la Tierra y se manifiesta nítidamente en los abruptos tránsitos que realiza nuestro espíritu desde la desnudez al éxtasis, dos modos de intemperie.

Es posible encontrar también, un entrecruzamiento perturbador que vincula a la relación de lo humano (como diferencial del cuerpo, es decir la situación en otro cuerpo ahora espiritualizado) y del mundo (como diferencial de la Tierra, en sí misma in-munda).

Lo humano como sujeto de sí y su cuerpo, y el mundo y la Tierra que lo resiste tienen algo en común, en el primer caso la experiencia, por decir así, interior de nuestras cavernas y en el segundo caso la geología viva de la Tierra. Dos geologías: la de la carne espiritualizada y la de la Tierra mundializada que se resisten a ser pensadas y a dejar de ser otro rostro de la intemperie.

Este entrecruzamiento se anuda allí donde lo humano se dirige muy a pesar de él, en lo tenebroso y herético, estos seducen y al mismo tiempo espantan, porque la intemperie como experiencia de lo humano es la sensibilidad de lo inhóspito de la Tierra y del cuerpo animal que hay que hacer mundo y espíritu encarnado. La ruina del cuerpo, entrevista por la ciencia, la ruina de los acontecimientos humanos entrevista por las letras y la ruina de la Tierra entrevista por la ecología son sus custodios.

Sin embargo un pensar entre ruinas no aparece y hace falta. No es que las ciencias y las tecnologías no piensen, éstas hoy sólo organizan, resuelven y planifican un sujeto del consumo y como tales, arruinan aquello que fragmentariamente conocen y crean.

Su pensar se estrecha en la manipulación fragmentada de aquella resistencia terrestre y celeste y no pueden dar cuenta de la intemperie que permanece como su sombra. Nietzsche decía que pensar el cuerpo y pensar a partir del cuerpo era la tarea para los tiempos venideros.

En cada cuerpo se siente el eco de aquello que entre las ruinas se revela y que no deja de reaparecer porque son dos momentos de la misma intemperie, aquel que se produce con el suceso del nacimiento del sapiens y su experiencia fuera y dentro de las cavernas (y que en el fondo en cada uno y en cada muchos se reitera), y la que surge hoy entre los objetos (falsos refugios), en las ciudades y en los mundos, que se ven arrasados por la emergencia de una nueva dimensión planetaria de lo humano y su sombra perenne de inhumanidad.

Pensar es reunir las ruinas con la memoria y con este nuevo desafío en la intemperie. Reunión que permitirá ver y luego intentar componer los ritos y los ritmos de la dispersión y la dislocación entre los humanos, las bestias, las máquinas, las cosas y sus residuos.

Porque pensar el cuerpo es pensar a la bestia que nos acompaña y a la ruina que seremos, pensar desde el cuerpo es pensar su ruina y a partir de ello repensar el trabajo que todo lo a-ruina. Pensar desde el cuerpo es reinventar el alma.